

Editorial

39

Es sabido, desde tiempos de Freud, el obstáculo mayor que, llegado cierto momento, dificulta el progreso y el feliz desenlace de un psicoanálisis: la transferencia, ese proceso que durante un tiempo facilitaba el establecimiento de la relación e incluso la primera franqueza, pero que más tarde pasaba a convertirse en el muro sobre el que se instalaba el cierre del sujeto en una cadena incesante de repeticiones.

En buena medida, para facilitar su manejo surgieron las reglas del psicoanálisis. En ellas se insistía tanto en el mantenimiento de la distancia entre el analista y el analizado como en la discreción exigible al primero en todo lo relativo a su persona, ya fuera en el ámbito de su vida privada como en el de su ideología y sus creencias. Incluso se consideraba aconsejable que el analizado suspendiera, durante el tiempo en que se prolongara el tratamiento, las lecturas teóricas sobre psicoanálisis.

El analista no debía ser maestro ni modelo, pero tampoco cómplice, sino la figura neutra capaz de devolver al analizado su propio discurso sometido a una nueva –más precisa, más clara, menos enturbiada– inteligibilidad.

Siempre ha sido necesario recordarlo.

Pero lo es especialmente ahora, en tiempos en los que muchos psicoanalistas no dudan en exhibir públicamente sus afinidades –cuando no sus militancias– políticas, en invitar a sus pacientes a asistir a sus conferencias y a las de sus colegas, a leer sus escritos y a integrarse en los círculos que frecuentan y en las instituciones a las que pertenecen.

Pues entonces la transferencia puede llegar a ser inmanejable. Y el psicoanálisis, absolutamente interminable.